

Tiempos difíciles

Odi es muy feliz en el bosque. Tiene todo lo que necesita: amigos para jugar, pasto y hojas para comer, agua fresca, sombra en verano y refugios abrigados en invierno. Y, lo más importante, siempre tiene alguien que lo cuida y lo acompaña: su mamá.

El bosque es el lugar del mundo que más le gusta a Odi y, también, el único que conoce.

Por eso, Odi se pone triste cuando su mamá le dice que tal vez se tengan que ir a vivir a otro lado.

—¿Por qué? —pregunta Odi.

—Porque el bosque se hace cada vez más pequeño —responde la mamá. Odi sabe que su mamá tiene razón: cada vez hay menos árboles.

A veces vienen personas a vivir al bosque y, para hacer sus casas, cortan árboles. Pero muchas de esas personas, al poco tiempo de mudarse, se hacen amigas de Odi. Eso al menos es un consuelo.

Otras veces, los árboles se talan para plantar frutas y verduras. Entonces, aparecen grandes máquinas, y las personas que llegan están demasiado ocupadas trabajando como para hacer amigos. Vienen, tiran los árboles y luego se van.

Y el bosque queda un poco más chico.



Tan chico es el bosque que cada vez viven allí menos animales. Odi es muy curioso y nunca deja pasar la oportunidad de meterse en cuevas y pozos, pero donde antes encontraba sapos, ratones, zorros, liebres o víboras, ahora no hay nada. Casi todas las cuevas están vacías y frías. Sus habitantes se han ido y ya no van a volver.

Odi y su mamá exploran los alrededores del bosque. La tierra está amarilla y reseca. No hay plantas ni agua por ninguna parte. Es todo llano, sin lugar para esconderse ni descansar. El viento arrastra nubes de polvo que se meten en los ojos y en la boca.

—El desierto avanza— dice la mamá, preocupada.

Odi no entiende por qué el desierto puede volverse cada vez más grande mientras que el bosque se hace más chico. Odi quisiera que fuera al revés.

Al atardecer, la mamá emprende el regreso al corazón del bosque. Odi va detrás, distraído, oyendo el canto de los pájaros escondidos, y recuerda que antes había más cantos y eran más variados.

"Quizás los pájaros también dejaron el bosque", piensa.

Entonces la mamá de Odi se detiene. Para las orejas y huele el aire una y otra vez.

—¡Cazadores furtivos!— dice—. ¡Vamos, Odi!

La mamá lleva a Odi en dirección contraria a los cazadores. Corre detrás de él, para protegerlo y lo va guiando para que los árboles más grandes los oculten.



Odi corre y corre. Está muy asustado, aunque saber que su mamá está detrás lo tranquiliza un poco. No hace caso a los ruidos tan fuertes que oye.

El sol se esconde, y el bosque está cada vez más oscuro. Pero los cazadores tienen linternas. Las luces brillan entre los arbustos y se mueven de un lado a otro nerviosas.

Odi corre y corre. Y se cansa y se cansa. Corre y corre. Pero de pronto no puede dar un paso más... Y cuando se fuerza a hacerlo, tropieza.

La mamá lo ayuda a levantarse.

—Estoy muy cansado, mamá —dice Odi.

Ella le da ánimo:

—Ya casi llegamos al escondite, Odi.

Las luces se acercan. Los ruidos se hacen más fuertes y dan más miedo. Odi se esfuerza al máximo, y su mamá lo ayuda. La noche es cada vez más oscura.


—¡Aquí! —dice la mamá.

Frente a ellos hay un gigantesco arbusto espinoso. La mamá indica a Odi una pequeña abertura entre el follaje. Odi entra con cuidado para no picharse, y su mamá lo sigue. Avanza y avanza, y descubre que los arbustos y los árboles forman una especie de cueva muy espaciosa y segura. Odi se echa a descansar, y su mamá se tiende junto a él.

Tras la pared de espinas y ramas se ven, apenas, las luces de los cazadores. Los ruidos llegan apagados, lejanos.

Odi se duerme.





Al despertar, a la luz del amanecer, la aventura de la noche anterior parece solo un mal sueño. Odi y su mamá vuelven a su rincón del bosque caminando a buen paso. En el trayecto, comen hojas tiernas y toman agua del río.

Por la tarde, Odi se encuentra con Maite, una amiga humana con la que pasa algunas tardes jugando en el bosque. Le cuenta sobre los cazadores y le dice que su mamá está pensando en irse a vivir a otra parte.

—¡No quiero que te vayas, Odi! —dice Maite apenada—. Además, el mejor sitio para los huemules es el bosque...


Odi le dice que él tampoco quiere irse. Pero no puede hacer nada. El bosque está dejando de ser su hogar...

Los días pasan. La mamá de Odi está ocupada pensando adónde ir: explora las montañas y habla con otros animales. Odi la sigue, sin ánimo para jugar. Por todos lados ve a otros animales que, en grupos o solos, se disponen a viajar muy lejos. Todos buscan un mejor lugar para vivir.

Odi mira a su alrededor. Nunca antes el bosque le había parecido tan triste y apagado.

Una mañana, muy temprano, la mamá le dice: —Hoy es el gran día. Vamos a cruzar las montañas...

Odi se entristece. Le gustaría buscar a su amiga humana para despedirse. O, al menos, pasar la tarde con ella jugando despreocupados en el bosque, como hacían antes.



Siente que el bosque aún es su casa.
Y no quiere irse.
Entonces, a lo lejos, escucha la voz de Maite.
—¡Odi! ¡Odi!
Odi busca a su amiga y la ve, corriendo a lo lejos.
Va hacia ella. La mamá de Odi se asusta.
—¡No, mamá! —exclama Odi—. ¡Es mi amiga!
Odi se deja ver, y Maite se acerca.
—¡Odi, amigo! —dice la chica. Está agitada por la
corrida, pero parece contenta—. ¡Buenas noticias!
—¿Qué pasa?
—Le conté a mi papá sobre los cazadores y sobre los
animales que abandonan el bosque...
—Mi mamá y yo nos estamos yendo... —dice Odi apenado—.
Al menos vamos a poder despedirnos...

—¡No, Odi! ¡No hace falta que te vayas! ¡Mi papá habló con los otros pobladores y decidieron trabajar juntos para que el bosque no desaparezca! ¡Todos vamos a involucrarnos! ¡Van a plantar árboles y cuidar que los cazadores no entren! ¡Van a pedir que hagan leyes para evitar que las cosas sigan empeorando! ¡No te vayas, Odi! ¡Todo va a volver a ser como antes! Odi se puso muy contento. Pero la que tenía que decidir era su mamá...
—Mamá... —dijo Odi—. ¿Podemos quedarnos?
—¡Claro, Odi! ¡Y nosotros también vamos a ayudar!

